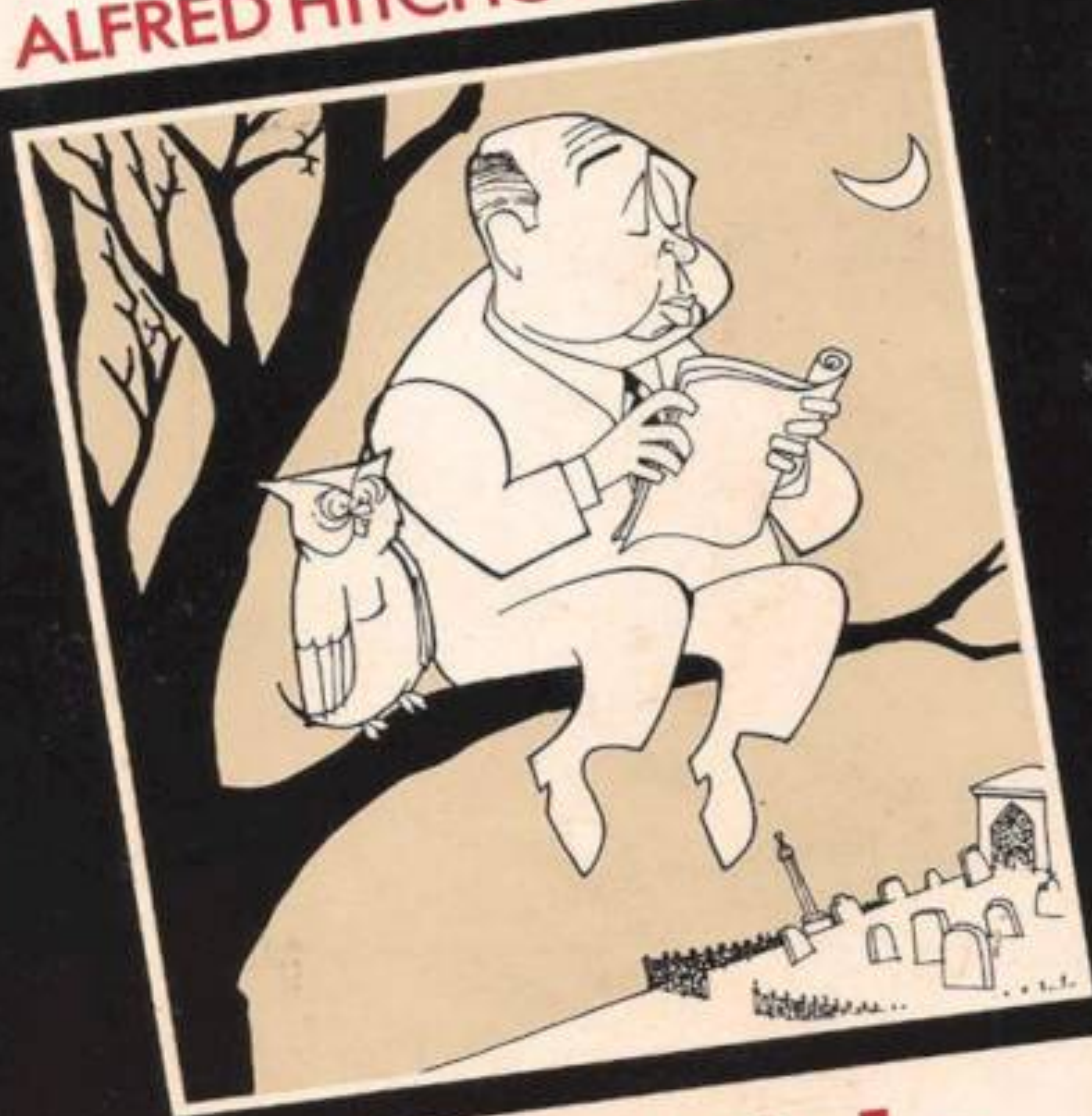


**ALFRED HITCHCOCK**



**Prohibido  
a los nerviosos**

*Prohibido a los nerviosos* es un conjunto de relatos terroríficos y de intriga cuidadosamente seleccionados por Alfred Hitchcock, maestro del suspense cinematográfico y gran especialista en este género literario.

Estas inquietantes narraciones, salidas de los mejores autores contemporáneos de cuentos cortos —Dorothy Sayers, Ray Bradbury, Fredric Brown, Carter Dickson y otros—, dosifican sabiamente la angustia y el escalofrío para producir al lector un ambiguo estremecimiento de miedo y de placer.

El hábil planteamiento de las situaciones y el fino análisis psicológico de los personajes hacen de cada uno de estos veinticuatro relatos una pequeña obra maestra de la literatura de entretenimiento.

Relatos incluidos:

*Hacia el futuro (To the Future, 1950)* - Ray Bradbury

*Río de riqueza (River of Richet, 1958)* - Gerald Kersh

*Levitación (Levitation, 1958)* - Joseph Payne Brennan

*La señorita Winters y el viento (Miss Winters and the Wind, 1946)* - Christine Noble Govan

*Panorama desde la terraza (View from the Terrace, 1960)* - Mike Marmer

*El hombre con dedos de cobre (The Man with Copper Fingers, 1956)* - Dorothy L. Sayers

*Los veinte amigos de William Shaw (Twenty Friends of William Shaw, 1960)* - Raymond E. Banks

*El otro verdugo (The other Hangman, 1940)* - Carter Dickson

*Los Brown no tienen baño (No Bath for the Browns, 1944)* - Margot Bennet

*El visitante que no fue invitado (The Uninvited, 1960)* - Michael Gilbert

*El merodeador de las dunas (Dune Roller, 1951)* - Julian May

*Casi un crimen (Something Short of Murder, 1957)* - Henry Slesar

*La muchacha de oro (Golden Girl, 1964)* - Ellis Peters

*El muchacho que predecía los terremotos (The Boy who predicted Earth-quakes, 1950)* - Margaret St. Clair

*Caminando sola (Walking Alone, 1957)* - Miriam Allen de Ford

*Sentencia de muerte para la grosería (For all the rude People, 1961)* - Jack Ritchie

*El perro murió primero (The Dog died first, 1949)* - Bruno Fischer

*Habitación con vistas (Room with a View, 1962)* - Hal Dresner

*Lemmings (Lemmings, 1957)* - Richard Matheson

*La diosa blanca (Whitegoddess, 1956)* - Idris Seabright

*La sustancia de los mártires (The Substance of Martyrs, 1963)* - William Sambrot

*Llamada de auxilio (Call for Help, 1961)* - Robert Arthur

*Voces de muerte (Sorry, wrong Number, 1948)* - Lucille Fletcher & Allan Ulman

*No mires hacia atrás (Don't look behind you, 1947)* - Fredric Brown

## Breve mensaje previo

*Este libro, como su título indica, está «prohibido a los nerviosos». Muchos lectores dirán que el mismo título podría aplicarse a cualesquiera de los varios volúmenes de terror, romanceros de «suspense» o antologías de lo extraño que de vez en cuando he compilado para dar gusto a mis amigos y seguidores. Estarán en lo cierto.*

*Porque yo no soy hombre dado a someterse al dictado de los nerviosos. Si tiene usted el hábito de morderse las uñas, si salta del asiento cuando oye un portazo o si lanza un alarido cuando alguien grita «¡Bu!» junto a su oreja, mi mensaje se reduce a tres palabras: «Suelte este libro».*

*Por el contrario, si posee usted buen control de sus nervios y si éstos reaccionan con placentero cosquilleo ante un toque de horror o hallan un delicioso estímulo en la chispita de «suspense», cordialmente le invito a que me siga.*

*Acomódese donde guste, o donde pueda, y empiece la lectura por donde le venga en gana. Interrúmpala para regalarse con un descanso en el punto que le parezca más conveniente, y vuelva a ella cuando se sienta dispuesto. La mayor informalidad debe gobernar su disfrute de esta succulenta ensalada de relatos. Los hay, creo yo, para todos los paladares.*

*Excepto, claro está, para el paladar de los nerviosos.*

*Y con esto terminan los sesenta segundos que se le conceden al presentador.*

ALFRED HITCHCOCK

# HACIA EL FUTURO

---

## RAY BRADBURY

Los cohetes chamuscaron el pavimento de ladrillos, iluminaron los muros de adobe del café y fueron a estallar junto a la alta torre de la iglesia, mientras un ígneo toro corría por la plaza, persiguiendo a los muchachos y a los alegres hombres. Era una noche primaveral, en México, en el año 1938.

El señor William Travis y su esposa, sonriendo, permanecían al margen de la alborotadora multitud. El toro cargó contra ellos. El hombre y la mujer, para esquivarle, corrieron hacia la banda de música que tocaba, ensordecedoramente, «La Paloma». El toro, una armazón de cañas de bambú y pólvora negra, pasó de largo, ágilmente transportado a hombros de un mexicano.

—En mi vida me he divertido tanto —jadeó Susan Travis al detenerse.

—Es formidable —dijo William.

—Seguirá, ¿verdad? Me refiero a nuestro viaje.

Él se dio un golpecito en el bolsillo de la americana.

—Tengo bastantes cheques de viajero para toda una vida. Diviértete. Olvida lo que te preocupa. Nunca nos encontrarán.

—¿Nunca?

Ahora alguien quemaba aparatosos fuegos artificiales desde el campanario.

El toro estaba apagado. Cuando el mexicano se quitó la armazón de los hombros, los niños se arremolinaron para tocar a la magnífica bestia de cartón piedra.

—Vamos a ver el toro —dijo William.

Al pasar junto a la entrada del café, Susan vio al extraño hombre que les miraba. Era un tipo de traje blanco y rostro enjuto y tostado por el sol. Sus ojos les observaban fríamente.

Susan no se hubiera fijado en él de no ser por las botellas que el hombre tenía sobre su mesa; una de crema de menta, otra, más clara, de vermut; otra, de coñac, y siete más de licores variados; y, al alcance de la mano, diez vasitos medio llenos de los que, de vez en cuando, bebía un sorbo, sin apartar la mirada de la calle. En su mano libre humeaba un habano, y sobre una silla se veían veinte cartones de cigarrillos turcos, seis cajas de cigarros y unos cuantos frascos de colonia dentro de sus cajas.

—Bill —susurró Susan.

—Calma —aconsejó William—. Ese hombre no es nadie.

—Esta mañana le vi en la plaza.

—No mires atrás y sigue andando. Examina el toro de cartón piedra. Así. Ahora haz preguntas.

—¿Crees que pertenece a los Buscadores?

—¡No es posible que nos hayan seguido!

—¡A lo mejor sí!

—¡Qué toro tan bonito! —dijo William al mexicano.

—No es posible que nos siguiera a través de doscientos años, ¿verdad?

—¡Cuidado con lo que dices! —aconsejó William.

Ella se estremeció. Su marido la tomó por el brazo e hizo que echase a andar.

—No te desanimes —sonrió, para que la actitud de ambos pareciese normal—. Todo irá bien. Vamos a ese café y

sentémonos frente a él, para que, si es lo que tú temes, no sospeche.

—No, no puedo.

—Tenemos que hacerlo... Vamos. ¡Y entonces le contesté a David que eso era ridículo! —esto último lo dijo en voz alta, mientras subían los escalones del café.

Susan pensó:

«Aquí estamos. ¿Quiénes somos? ¿Adónde nos dirigimos? ¿Qué tenemos?».

Luego se dijo a sí misma que era mejor, para conservar la cordura, comenzar por el principio. Notando bajo las suelas de los zapatos el piso de ladrillos, recordó:

«Me llamo Ann Kristen, y el nombre de mi marido es Roger. Nacimos en el año 2155 después de Cristo. Y vivíamos en un mundo dominado por el terror. En un mundo que era como un enorme barco apartándose de la orilla de la cordura y la civilización, haciendo sonar su sirena en la noche y llevando a dos mil millones de personas —lo quisieran ellas o no—, a la muerte, al holocausto de la radiactividad y la locura».

Entraron en el café. El hombre les miraba. Sonó un teléfono.

El ruido sobresaltó a Susan. Le hizo recordar otro teléfono que sonó a doscientos años en el futuro, en aquella limpia mañana de abril de 2155. Ella contestó a la llamada.

—¡Ann, soy René! ¿Lo has leído? Me refiero a eso de la Compañía de Viajes en el Tiempo. Excursiones a la Roma del año XXI antes de Cristo, viajes al Waterloo de Napoleón, a cualquier época, a cualquier lugar.

—René, estás bromeando.

—No. Clinton Smith salió esta mañana para la Filadelfia de mil setecientos setenta y seis. La Compañía de Viajes por el tiempo lo arregla todo. Cuesta mucho. Pero piensa en lo que significa presenciar, de veras, el incendio de Roma, ver a Kublai Khan, a Moisés ante el mar Rojo... Proba-



blemente tendrás un anuncio de la empresa en el tubo del correo neumático.

Ann había abierto el tubo de succión y allí estaba la hoja de metal del anuncio:

¡ROMA Y LOS BORGIIAS!

¡LOS HERMANOS WRIGHT EN KITTY HAWK!

*La Compañía de Viajes por el Tiempo le provee de vestuario, le puede colocar entre una multitud durante el asesinato de Lincoln o de Julio César. Le garantizamos la enseñanza de cualquier idioma que necesite para moverse libremente en cualquier civilización, en cualquier año y sin tener ningún problema. Latín, griego, norteamericano coloquial antiguo. En sus vacaciones cambie de TIEMPO lo mismo que de Lugar.*

La voz de René decía, en el teléfono:

—Tom y yo salimos mañana para mil cuatrocientos noventa y dos. Están haciendo arreglos para que Tom zarpe con Colón. ¿No es fantástico?

—Sí —murmuró Ann, con asombro—. ¿Y qué dice el Gobierno de esa Compañía de Viajes por el Tiempo?

—Oh, la policía la vigila. Teme que la gente pueda evadir el reclutamiento, escaparse y encontrar refugio en el Pasado. Al partir, todos deben dejar una fuerte fianza, su casa y todas sus pertenencias. Es para que el regreso quede garantizado. Después de todo, estamos en guerra.

—Sí, la guerra —murmuró Ann—. La guerra.

En pie allí, con el teléfono en la mano, Ann pensó:

«Aquí está la oportunidad por la que mi marido y yo habíamos rezado durante tantos años. No nos gusta este mundo de 2155. Deseamos escapar del trabajo de Roger en la fábrica de bombas, del mío en la planta de armas bacteriológicas. Tal vez esto nos brinde una cierta posibilidad de escapar, de huir a través de los siglos hasta alguna

época salvaje en la que nunca puedan encontrarnos ni hacernos volver para quemar nuestros libros, censurar nuestros pensamientos, lavar nuestros cerebros mediante el pánico, obligarnos a marcar el paso y gritamos desde las emisoras de radio...».

El teléfono sonó.

Estaban en México, en el año 1938.

A los buenos trabajadores del Estado Futuro se les permitía unas vacaciones en el Pasado para reponerse de la fatiga. Por eso ella y su marido se desplazaron a 1938. Tomaron una habitación en Nueva York y disfrutaron del teatro y de la Estatua de la Libertad, que aún erguía su verde mole en el puerto. Y al tercer día cambiaron de ropas y nombres y volaron a esconderse a México.

—Debe de ser él —susurró Susan, mirando al extraño hombre sentado a la mesa—. Todos esos cigarrillos, los puros, el licor... Eso le descubre. ¿Te acuerdas de nuestra primera experiencia en el Pasado?

Un mes atrás, durante su primera noche en Nueva York, habían probado todas las extrañas bebidas, compraron alimentos, perfumes, cigarrillos de cien marcas distintas. En el Futuro escaseaban esos productos. Allí la guerra lo era todo. Por eso se comportaron como tontos, entrando y saliendo de tiendas, bares y estancos y yendo luego a refugiarse en su habitación para ponerse maravillosamente enfermos.

Y ahora allí estaba aquel extraño, portándose de un modo similar, haciendo algo que sólo un hombre del Futuro haría. Un hombre que había pasado demasiados años hambriento de licor y cigarrillos.

Susan y William tomaron asiento y pidieron unas bebidas.

El extraño observaba sus ropas, sus cabellos, sus joyas, la forma en que andaban y permanecían sentados.

—Compórtate con naturalidad —recomendó William, en un susurro—. Haz como si hubieses llevado estas ropas

durante toda tu vida.

—Nunca debimos intentar la huida.

—¡Dios Santo! —exclamó William—. Se acerca. Déjame hablar a mí.

El extraño se inclinó ante ellos. Hubo un ligerísimo entrechocar de tacones. Susan se estremeció. Aquel sonido marcial era tan inconfundible como cierta desagradable forma de llamar a la puerta de uno a medianoche.

—Señor Kristen: al sentarse, no se tiró usted de las perneras de los pantalones —dijo el extraño.

William se quedó helado. Se miró las manos, que descansaban inocentemente sobre las piernas. El corazón de Susan latía de forma frenética.

—Se equivoca usted de persona —replicó él con rapidez—. No me llamo Krisler.

—*Kristen* —corrigió el extraño.

—Soy William Travis. —Aseguró William—. Y no sé que le importan las perneras de mis pantalones.

—Lo siento. —El extraño se acercó una silla—. Digamos que creí reconocerle porque no se tiró de las perneras hacia arriba. Todos lo hacen. Si no, a los pantalones se les forman rodilleras. Estoy muy lejos de mi hogar, señor... Travis... y echo de menos la compañía. Me llamo Simms.

—Señor Simms, comprendemos que se sienta usted solo, pero nos sentimos muy cansados. Mañana salimos para Acapulco.

—Un sitio encantador. Hace poco que estuve allí, buscando a unos amigos míos. Tienen que estar en algún lado, pero aún no los he encontrado. ¡Oh! ¿Se siente enferma la señora?

—Buenas noches, señor Simms.

Echaron a andar hacia la puerta. William sujetaba con firmeza el brazo de Susan. No miraron atrás cuando Simms les dijo:

—¡Sólo otra cosa! —Hizo una pausa y luego, lentamente—: Dos-mil-ciento-cincuenta-y-cinco.

Susan cerró los ojos y notó como si la tierra se hundiese bajo sus pies. Sin ver nada, siguió andando, adentrándose en la plaza.

Una vez en su cuarto del hotel, cerraron la puerta. Ella se echó a llorar. Los dos permanecieron inmóviles en la oscuridad, notando cómo la habitación daba vueltas a su alrededor. Muy lejos, los fuegos artificiales seguían explotando, y en la plaza se oía ruido de risas.

—¡Qué cochino tipejo! —Exclamó William—. Sentado allí, mirándonos de arriba abajo, como si fuésemos animales, fumándose sus malditos cigarrillos y bebiéndose su cochino licor. ¡Debí matarle entonces! —En su voz había un matiz casi histérico—. Incluso tuvo la desfachatez de darnos su verdadero nombre. El jefe de los Buscadores. ¡Y lo de mis pantalones! Debí haber tirado de ellos hacia arriba cuando me senté. En esta época, ése es un movimiento automático. Como no lo hice, me distinguió de entre los demás. La cosa le hizo pensar: «Ahí hay alguien que nunca ha llevado pantalones, un hombre acostumbrado al uniforme corto y a las modas del Futuro». ¡Debería matarme por delatarnos así!

—No, no. Fue mi forma de andar con tacones altos la que tuvo la culpa. Y nuestros cortes de pelo tan recientes. Tenemos un aspecto extraño, de estar incómodos.

William encendió la luz.

—Aún está probándonos. No se siente del todo seguro. Por tanto, no debemos huir. No hay que darle la certidumbre. Iremos de vacaciones a Acapulco.

—Puede que esté seguro y sólo desee jugar con nosotros.

—No diría que no. Tiene todo el tiempo del mundo. Si lo desea, puede dedicarse a haraganear por aquí y devolvernos al Futuro sesenta segundos después de nuestra partida de allí. Antes de actuar, le es posible mantenernos en vilo días y días, riéndose de nosotros.

Susan se sentó en la cama, secándose las lágrimas.

—No serán capaces de dar un escándalo, ¿verdad?

—No se atreverán. Tienen que atraparnos a solas para utilizar con nosotros la Máquina del Tiempo y enviarnos de regreso al Futuro.

—Entonces, hay una solución —dijo ella—. No estemos nunca solos, sino rodeados de gente.

En el exterior del cuarto sonaron unas pisadas.

Apagaron la luz y se desnudaron en silencio. Los pasos se alejaron.

Susan, en la oscuridad, permanecía junto a la ventana, mirando la plaza.

—O sea que ese edificio de ahí es una iglesia, ¿no?

—Sí.

—Muchas veces me he preguntado cómo serían las iglesias. ¡Hace tanto que desapareció la última! ¿Podemos visitarla mañana?

—Claro. Ven a acostarte.

Susan lo hizo.

Media hora más tarde sonó el teléfono. Ella contestó:

—Diga.

—Los conejos pueden esconderse en el bosque —dijo una voz—; pero siempre hay un zorro que los encuentra.

Susan colgó y volvió a tumbarse rígidamente en la cama.

Fuera, en el año 1938, un hombre que tocaba la guitarra cantó tres canciones, una tras otra...

Durante la noche, extendiendo la mano, Susan casi podía tocar el año 2155. Notaba resbalar sus dedos sobre fríos espacios de tiempo, que formaban una especie de superficie arrugada, y oía el insistente y sordo sonido de pies marcando el paso, de un millón de bandas tocando un millón de marchas militares. Veía las cincuenta mil filas de cultivos bacteriológicos metidos en sus asépticos tubos de cristal. Notaba su mano extenderse hacia ellos en la inmensa factoría del Futuro. Veía los tubos de lepra, peste bubónica, tifus, tuberculosis. Oía la enorme explosión y contem-

plaba su mano reducida a cenizas, notando los efectos de una sacudida tan inmensa que el mundo saltaba y volvía a caer. Todos los edificios se derrumbaban y el silencio se extendía sobre una masa de gentes desangradas. Los grandes volcanes, las máquinas, el viento, los aludes... Todo iba difuminándose y se acallaba...

Susan se despertó, sollozando. Estaba en la cama, en México, a muchos años de distancia...

A primera hora de la mañana, embotados por la única hora de sueño que al fin les había sido posible obtener, ella y su marido fueron despertados por unos ruidosos automóviles que atravesaban la calle. Desde el balcón Susan pudo ver las personas que habían salido de unos coches y camiones con letreros rojos. El pequeño grupo charlaba y gritaba. Una multitud de mexicanos había seguido a los camiones.

—¿Qué pasa? —preguntó Susan, en español, a un muchacho.

El chico se lo contó.

Susan se volvió a su marido.

—Es una compañía cinematográfica norteamericana que viene a filmar exteriores aquí.

—Parece interesante. —William estaba en la ducha—. Vamos a verlos. No creo que sea conveniente irnos hoy. Trataremos de chasquear a Simms.

Bajo el brillante sol, Susan había olvidado por un momento que, en alguna parte del hotel, esperando, había un hombre que, según parecía, fumaba unos mil cigarrillos diarios. Al ver a los ocho ruidosos y felices norteamericanos allá abajo, la mujer sintió deseos de gritarles:

—¡Socorro! ¡Sálvenme, denme refugio! Vengo del año dos mil ciento cincuenta y cinco.

Pero las palabras se le ahogaron en la garganta. Los funcionarios de la Compañía de Viajes por el Tiempo no eran tontos. Antes de emprender el viaje, en el cerebro de cuantos lo realizaban era colocada una barrera psicológica. Era imposible revelar a nadie la verdadera época o lugar de na-

cimiento de uno, ni se podía explicar nada del Futuro a los del Pasado. El Pasado y el Futuro debían ser defendidos uno de otro. Sólo con esa barrera se permitía a la gente viajar por el Pasado sin vigilancia. El Futuro debía ser protegido de cualquier cambio causado por su gente al viajar por el Pasado. Aunque Susan deseara con todo corazón hacerlo, no podría decir a ninguna de aquellas felices gentes de la plaza quien era ella ni en qué aprietos se encontraba.

—¿Vamos a desayunar? —propuso William.

El desayuno se servía en el inmenso comedor. Jamón y huevos fritos para todo el mundo. El lugar estaba lleno de turistas. Los ocho del equipo cinematográfico —seis hombres y dos mujeres—, entraron riendo y se pusieron a correr sillas. Susan se sentó cerca de ellos, notando la calidez y protección que emanaba de ellos, aun cuando el señor Simms estuviera bajando las escaleras, fumando con fruición un cigarrillo turco. Les saludó desde lejos y Susan respondió con una sonrisa, pues, con tanta gente alrededor, el hombre no podía hacerles nada.

—Esos actores... —empezó William—. Tal vez pudiera contratar a dos de ellos, diciéndoles que era para una broma, vestirles con nuestra ropa y hacer que se fuesen en nuestro coche cuando Simms no pudiera ver quién conducía. Si dos personas pasando por nosotros le distrajeran unas cuantas horas, podríamos llegar a Ciudad de México.

—¡Hey!

Un hombre grueso y con aliento alcohólico se inclinó sobre su mesa.

—¡Turistas norteamericanos! —gritó—. ¡Estoy tan harto de ver mexicanos que me dan ganas de besarles! —Les estrechó la mano—. Vengan a comer con nosotros. La miseria ama la Compañía. Yo soy el señor Miseria, ésta la señorita Tristeza y éstos el señor y la señora Detestamos México. Todos lo odiamos. Pero tenemos que hacer unas tomas preliminares para una cochina película. El resto de la pandilla llega mañana. Me llamo Joe Melton. Soy el director, y éste